

JEAN-LUC NANCY, *La comunidad desobrada* (nueva edición, revisada y aumentada), Arena Libros, Madrid, 2001. 206 páginas.

Esta reflexión sobre el sentido de *la comunidad* y sobre el *sentimiento de pérdida* de la misma en la tradición cultural europea, parte de las aportaciones hechas, desde «una exigencia y una inquietud políticas», por Georges Bataille¹, las cuales, según J.-L. Nancy, no han sido plenamente exploradas. Los dos grandes proyectos políticos de su tiempo, el fascismo y el comunismo, sufrían según Bataille, cada uno a su modo, de «la nostalgia de un ser comunitario [que] era al mismo tiempo el deseo de una obra de muerte» (p. 38).

Lo que J.-L. Nancy nos propone es «ir más lejos», pero por el mismo camino que emprendió Bataille en su intento de pensar la convivencia desde bases *no comunales* y *no inmanentistas*, sino de *comunicación*. La comunidad existe porque hay comunicación, como lo ejemplifica «la comunidad de los amantes» (p. 69), pues en ella, como en la sociedad o en el Estado, se asume que hay *partición* —de los sujetos o de los amantes—, pero su unión no exige comunión o fusión, ni tampoco propone una *obra* a realizar o un fin trascendente. De esta otra manera es como de la unión de la pareja «el nacimiento de su hijo ... no produce una obra ... [pues] no agota el amor, lo comparte de nuevo, lo hace de nuevo transitar en la comunicación, y exponerse de nuevo a la comunidad» (pp. 75-76). De ahí que la propuesta de Nancy sea la de una «comunidad *desobrada*», es decir que no requiere la realización de un proyecto común ni la consecución de un fin ideal sino el permanente intercambio creativo, sólo posible a través de la comunicación... y el amor.

La búsqueda de comunidades perdidas,

basadas en un mito fundacional y originario, nos dice Nancy en el segundo ensayo de su libro, no son más que intentos fallidos, por parte del pensamiento moderno, «de apropiarse de su propio origen, o de robarle su secreto ... La idea del mito presenta tal vez ella sola la Idea misma de Occidente ... En este sentido —sigue diciéndonos Nancy—, lo repito, no tenemos ya nada que hacer con el mito» (p. 89). Y, por tanto, lo que nos propone el autor es la *interrupción* del mito, pero sin que ello suponga la interrupción también de la comunidad basada en él sino la posibilidad de una comunidad con «ausencia de mito»².

Los dos últimos ensayos, «Del ser-en-común» y «La historia finita», han sido añadidos a esta edición de *La comunidad desobrada* y suponen aportaciones anteriores del autor (de 1988 y 1989, respectivamente), que sin embargo resultan ser la conclusión de la reflexión sobre la comunidad, especialmente en lo que afecta al pensamiento de la historia. La hipótesis que intenta defender Nancy es la de que «la historia ... ya no depende primeramente de la cuestión del tiempo, sino de la cuestión de la comunidad o del ser-en-común, cuestión que no es la de la sucesión ni la de la causalidad» (p. 177). Una crítica pues al historicismo desde los presupuestos de diversos autores, de Hegel a Benjamin pasando por Marx, Foucault, Ricoeur o Hannah Arendt, en un intento encomiable aunque demasiado breve de poner al día las aportaciones más lúcidas hechas desde el mundo de la filosofía sobre la historia.

GLORIA MARTÍNEZ DORADO

¹ Georges Bataille, *Oeuvres Complètes*, T. I-XII, Gallimard, París, 1970-1988.

² G. Bataille, «La religión surrealista», en *Ibid.*, p. 381.